

UNA PEDRADA

COMENZABA á oscurecer. Las calles de la ciudad estaban llenas de gente. La mayor parte de las tiendas que suelen permanecer abiertas durante la noche estaban cerradas, y las otras se iban cerrando paulatinamente. En las enrucijadas, en las plazas, delante de los cafés, en las escalinatas de las iglesias se veían numerosos corrillos de hombres y muchachos, hablando unos con otros en voz baja y apresuradamente, y volviendo de vez en cuando el rostro en derredor, con objeto de averiguar si había alguna cara sospechosa que estuviese escuchándoles.

La muchedumbre iba aumentando de continuo merced á las gentes que desde las casas descendían á la calle, y que después de haber permanecido durante un rato en el umbral de las puertas, mirando á derecha é izquierda, indecisas respecto de la dirección que les convenía tomar, acababan por engrosar este ó aquel grupo. En el rumor resultante de las conversaciones de la muchedumbre, siquiera más intenso y perceptible que de costumbre, se distinguía un no sé qué de indefinible que revelaba algo semejante á desconfianza y temor. De cuando en cuando atravesaba la calle apresuradamente un grupo de hombres seguido por un buen golpe de pilluelos que se abrían paso entre las gentes á codazos

y empujones silbando y gritando como energúmenos. En cuanto, en medio del rumor general, llegaba á oírse una voz más clara y distinta, se detenían algunos, y volvían el rostro preguntando qué era lo que pasaba. Uno que había pronunciado una palabra levantando un poco más la voz: ni más ni menos. Mirábanle un rato los transeuntes, mirábales él por su parte, y luego, nada: cada cual seguía su camino.

Pasado un rato se oía un ruido hacia uno de los extremos de la calle: todos volvían la cabeza hacia aquel lado. —¿Qué es? ¿Qué ha sido? ¿Qué pasa?—Nada, un tendero que acaba de cerrar y atrancar la puerta de su tienda. Los coches adelantaban casi al paso, y los cocheros, con una sonrisa poco habitual en ellos y un mover de la fusta más gracioso que de costumbre, pedían á las gentes que se apartaran. En las esquinas, debajo de los farolés, se veía á los míseros vendedores de periódicos rodeados de diez ó doce personas que, dándoles con una mano el dinero y tomando con la otra el papel, todavía húmedo, se retiraban á un lado en cuanto lo habían cogido; lo abrían apresuradamente y buscaban con avidez si contenía la noticia que esperaban. Á lo mejor los que pasaban se detenían junto al dueño del periódico: éste leía en voz sumisa, y los demás escuchaban con gran atención.

De pronto se ve á la gente corriendo hacia la embocadura de una calle: se levanta un gran tumulto, una gritería inmensa, una confusión espantosa: por encima de las cabezas se distinguen cuatro ó cinco fusiles que se agitan de acá para allá: estalla una tempestad de aplausos, la muchedumbre ondula, se oprime, abre paso, y aparecen cuatro ó cinco figuras de siniestro aspecto empuñando sendos fusiles, que después de haber lanzado en torno una mirada triunfal, penetran denodadamente y á la carrera en una calleja, seguidos de un enjambre de pilluelos que chillan y silban.—¿Qué fué?

—¿Qué ha sucedido?—Nada, nada: acaban de desarmar una patrulla de la guardia nacional.—Pasados breves momentos, se abre de nuevo la multitud por otro lado, y salen cuatro ó cinco desgraciados con semblante demudado, desgriegados, desnuda la cabeza, hechos jirones y desabrochado el vestido, la corbata suelta: á medida que pasan se levanta á su derredor un murmullo de compasión: algunos más compasivos, los cogen del brazo, los separan del gentío, y por calles de travesía les acompañan á sus casas, exhortándoles y animándoles.

La muchedumbre en tanto se halla presa del mayor entusiasmo, y dominada por una agitación convulsiva y un estrépito ensordecedor.—¡Paso! ¡Paso!—se grita de repente en uno de los extremos de la calle. Todos se vuelven de aquel lado.—¿Quién es? ¿Qué pasa? ¿Quién viene?—¡Paso! ¡Paso!—La muchedumbre se separa, retrocede, deja expedito el centro de la calle, y por ella atraviesa á paso de carga una compañía de cazadores. En pos de ella una chiquillería andrajosa y alborotadora. El gentío vuelve á estrecharse.

De repente levántase en otro punto un rumor confuso de voces desdeñosas y amenazadoras: corre la gente y se agrupa en derredor: por encima de las cabezas aparecen y desaparecen sucesivamente dos ó tres veces los cascotes de dos carabineros¹, y el gentío prorrumpe en una salva de aplausos, la muchedumbre deja paso franco, y de entre sus filas sale corriendo á escape un hombre lívido y aterrorizado que desaparece en un abrir y cerrar de ojos.—¡Y querían echarle mano!—no falta quien dice con acento de la más viva satisfacción.—Sí, pues no lo han conseguido, y que les ha de costar; porque tienen el colmillo muy retorcido los que se han metido en la brega. ¡Las veremos buenas! ¡Vaya si las veremos!

La muchedumbre marcha compacta y tranquilamente en una misma dirección, y llega de este modo á un punto deter-

¹ Son en Italia lo que los gendarmes en Francia, y la guardia civil en España.

minado de la calle; mas ya en él, detiéndose de repente los que llevaban la delantera. Los de detrás empujan, retroceden aquéllos algunos pasos, y con semejante movimiento no les queda más remedio á los segundos que marchar involuntariamente hacia atrás, hasta tanto que habiéndose rehecho vuelven á empujar, para retroceder luego, de lo cual resulta un vaivén inexplicable, en aquel gentío inmenso. — ¿Qué hay? ¿Quién impide marchar? ¡Adelante: adelante! — Adelante. Esto se dice muy fácilmente. Imposible, una compañía entera con bayoneta calada impide el paso. — Á esto sigue una gritería inmensa, un rumor infernal de silbidos, aullidos, blasfemias é imprecaciones. — ¡Abajo la autoridad! — ¡No queremos los que mandan! — ¡Fuera aquel fusil! — ¡Paso libre! — ¡Fuera! ¡Fuera! — Y de repente la muchedumbre vuelve la espalda á los soldados y echa á correr dejando las aceras llenas de individuos que se han venido al suelo en su precipitada fuga, y en un abrir y cerrar de ojos llena las calles laterales, los cafés y los patios y entradas de las casas más cercanas. Los soldados han amenazado con una carga.

— ¡Fuera! ¡Fuera! — se grita en otro lado. En una de las callejuelas laterales se oye el precipitado pisar de caballos, y el choque de los sables. Es un escuadrón de caballería que avanza al trote largo: vense brillar los cascos á la luz del día: una oleada de caballos divide á la muchedumbre, que se retira á derecha é izquierda, apoyándose contra los muros de las casas. El escuadrón pasa en medio del silencio más profundo: no ha acabado de pasar y se oyen aquí y allá uno que otro grito, uno que otro silbido aislado: en cuanto ha traspuesto la multitud el último soldado del escuadrón, gritos, aullidos, improperios y una verdadera lluvia de tronchos y cortezas de limón sobre los últimos caballos. La tropa se detiene, los últimos jinetes retroceden algunos pasos, y la muchedumbre apela á la fuga y no para de correr mientras no queda un buen espacio entre ella y la tropa.

De pronto, en la encrucijada más próxima, estalla un tumultuoso vocerío de blasfemias, al cual sucede el seco golpear de cien palos que se entrechocan: después un grito agudo, un gemido doloroso, un rumor sordo y prolongado, y por último un silencio profundo y pavoroso. — ¿Qué ha sido? ¿Qué fué ello? — Casi nada: que á uno de orden público le han encajado un palmo de puñal en la espalda. — La muchedumbre se retira á derecha é izquierda, y trémulo y vacilante como un beodo, atraviesa la calle un polizonte, con la cabeza descubierta y las dos manos entre el cabello. — ¿Qué tiene? ¿Qué le han hecho? — Le han dado un garrotazo en la cabeza. — ¡Á la plaza! ¡á la plaza! — grita de repente una voz estentórea. — ¡Á la plaza! responde todo el mundo. Y la multitud, precipitándose tumultuosamente en la calle más cercana, se dirige á la plaza.

Lo que hasta aquí va relatado acaecía, no hace aún muchos años, en una de las ciudades más importantes de Italia, en tanto que por una de las calles más próximas al sitio en que tenía lugar el tumulto pasaba una escuadra de ocho soldados con un cabo y un sargento, que iba á relevar á otra semejante que daba la guardia en un edificio público, situado en una plazuela cercana. Caminaba aquélla lentamente, y los que la componían miraban recelosos á uno y otro lado. En dicha calle precisamente era mayor la efervescencia popular y estaban los ánimos más soliviantados.

La patrulla pasó rozando á un numeroso grupo de aquellos tipos especiales que sólo se ven en días de revuelta y asonada, los cuales, con su faz torva y ojos encendidos, discutían acaloradamente en medio de un círculo de muchachos ya adultos, en derredor de los cuales se habían agrupado no pocos granujillas algo más jóvenes. Uno de los del grupo vió la patrulla, y volviéndose, y señalando con el dedo á los soldados, exclamó á media voz: — ¡Miradlos! — Todos los del grupo se volvieron hacia aquel lado, y uno en pos de otro, levantando

gradualmente la voz comenzaron á decir: — Es cosa sabida: en cuanto el pueblo quiere hacer valer sus derechos, no pueden faltar los soldados. — Claro, como que le dan sus derechos al pueblo á culatazo limpio. — Es que las bayonetas se han hecho para ser metidas en la panza de los que gritan porque tienen hambre. — Como que á ellos no ha de faltarles la sopa aun cuando los otros perezcan de necesidad, ¿qué les importa á ellos de los demás? — ¡Al hambriento pólvora y balas!

Los soldados seguían adelante sin apresurar el paso ni volver siquiera la cabeza. El grupo se puso en movimiento, y precedido de no pocos de los granujillas, echó á andar siguiendo á la patrulla, á la cual alcanzó en breves instantes marchando detrás de la misma á pocos pasos de distancia. Los soldados continuaban su camino sin volver la cabeza. Uno de los del grupo tosió; otro fingió un estornudo, un tercero tosió con más fuerza, un cuarto, después de haber dado un sorbetazo tremendo, encaróse con la patrulla y soltó con gran estrépito un gargajo acompañado con una risotada bestial: todos los demás celebraron la ocurrencia con grandes y ruidosos palmoteos. Los chicuelos silban, dan agudos chillidos, é instigados por los mayores, se van aproximando á los soldados. Éstos prosiguen su camino sin dar muestras de percatarse de cosa alguna. Aquéllos se acercan más y más, se colocan á ambos lados y contemplan á los soldados con ademán desvergonzado, provocativo y de poco me importa. Uno de ellos comienza á imitar grotescamente el andar de la escuela, gritando con voz nasal: — ¡Uno, dos: uno, dos: uno, dos! — Otro remeda cómicamente á la tropa, cuando marcha encorvada y cojeando, bajo el peso de la mochila. Un tercero, escudándose con uno de los que marchan detrás, coge el faldón del capote del cabo, le da un tirón y echa á correr. El cabo se vuelve y levanta la mano en ademán de sacudirle una guantada.

— ¡Eh, eh! — gritan aquellos energúmenos. — ¿A un chi-

quillo? Tendría que ver. — ¡A un muchacho, vaya una gracia! — ¡Ya ha pasado el tiempo de los croatas! — Al presente no se puede proceder como antes. — ¡Á una pobre criatura indefensa! — ¡Á ver cómo hay quién se atreva! — ¡Cuidado que se le toque á un pelo de la ropa! — ¡Croatas, esbirros, sayones!

Oyendo tales denuestos, uno de los soldados mordiése un dedo hasta hacerse saltar la sangre, para ahogar la ira que le devoraba, y como en aquel preciso momento sintió el efecto de un robusto puñetazo dirigido certeramente á su fiambarrera, subiésele la sangre á la cabeza, volviése de repente, y sacudió un cachete al granujilla que le golpeará, haciéndole retroceder algunos pasos.

— ¡Fuera! ¡Fuera! — exclamó la turba con voz amenazadora. — ¡Abajo los verdugos! — ¡Son peores que los croatas! ¡Peores que esbirros! — Pero ahora nos toca á nosotros, y veremos quién gana la partida. — ¡Nos las has de pagar con las setenas, raza de esclavos! — ¡Porque empuñan un fusil! ¡Peores que croatas! ¡Pegarle á una pobre criatura inerme! ¡Vaya una hazaña!

Y los chicuelos, animados por la ira de la muchedumbre y confiando en la impunidad, metíanse propiamente entre los pies de los soldados, gritando con toda la fuerza de sus pulmones: — Soldado pelado. — Esbirro gorrino. — Mata socorros. — Traga raciones. — Alguacil. — Pega, pega, morros de puerco.

Y la turba repetía: — ¡Pegarle á un chiquillo inerme!

— ¡Infames! — decía en tanto para sus adentros el pobre soldado, mordiéndose los labios hasta hacerse saltar sangre. — ¡Infames! ¡Un muchacho inerme! ¿Ignoráis por ventura que hay palabras que hacen más daño que una puñalada? ¡Esbirro! ¡Croata! ¡Á mí, á mí! — Y se mordía de nuevo la mano, moviendo la cabeza con ademán de desesperación.

Al cabo de algunos minutos la tropa, seguida siempre de la turba, llegaba á la plaza y penetraba en el cuerpo de